



Semana Santa

Jueves Santo 2021

Abrir nuestra CASA y solo dejarnos AMAR

*«Hagan lo mismo en memoria mía»
Lc 22,19*

Hoy es un día para “sentirnos en casa”, con una mesa grande y decidida a compartir el pan y los pesares... En ella haremos posible la fraternidad.

Nos regalamos escuchar la canción “La Casa”, de la hna. Marcela Bonafede

 <https://drive.google.com/file/d/1ppli9pZclFOIRmT4JKZRf6LzHmb9Jd4Y/view>

Un texto para pasar por el corazón...



Celebrar allí donde aparentemente no hay nada que celebrar

*Benjamín González Buelta, sj.
"Orar en un mundo roto"*

Hace algunas semanas participé en una eucaristía en el barrio marginado de los Guandules, en Santo Domingo. También aquí podemos aprender de los pobres, que en tantos aspectos son nuestros maestros. Desde los callejones de miseria iban llegando las personas vestidas con su sencilla ropa festiva. Se saludaban con mucho cariño. El templo era el punto de confluencia de los que ya antes se

habían encontrado unidos para anunciar el evangelio y crear la justicia del reino para todos en distintas organizaciones comunitarias y populares.

Después de escuchar la palabra de Dios, pudimos escuchar la palabra de los hermanos y hermanas expresando lo que para ellos significaba hoy esa palabra. Con libertad de espíritu, este pueblo, que ha recuperado su palabra y ha creado un espacio donde decirla y acogerla, reflejaba una comprensión honda del evangelio y una gran lucidez sobre los verdaderos problemas del barrio. Todo era veraz y vivo, la palabra sobre el evangelio y la palabra sobre la realidad tenían el sabor del pan recién salido del horno. No era un grupo de ingenuos que repetían un eslogan aprendido y se escapaban de su mundo durante el tiempo limitado de la eucaristía.

En el pan y el vino ofrecidos a Dios en medio de la comunidad, llegaban hasta el altar los trabajos de los campesinos que produjeron esos alimentos, la destreza de los obreros que les dieron forma en hornos y molinos, los transportistas que los distribuyeron por las carreteras, los vendedores que los llevaron hasta la puerta de la casa, la especulación de los precios y los mercados... Tanto la vida honesta y trabajada como los negocios turbios con sus trampas, imposibles de separar en el pan, se colocaban en el altar, en el

centro de la comunidad. Todo era ofrecido a Dios, y todo quedaba acogido por Dios y transformado en Jesús, muerto y resucitado, en el misterio de su cuerpo haciéndose en la historia.

También en el cuerpo de Jesús, que murió en la cruz con los brazos extendidos acogiendo todos los tiempos y personas, había las heridas de los golpes, las huellas sombrías de la angustia, el odio y la dureza del Imperio que le taladraron las manos y los pies. No era un cuerpo aséptico y sin contaminación alguna; era un cuerpo humano solidario hasta asumir todo lo peor de nuestro mundo. Al resucitar, en él resucitó todo lo bueno que hizo de él un hombre verdadero, y también resucitaron perdonados y reconciliados todos los dinamismos asesinos que lo llevaron a la sepultura.

En la celebración no había regateos ni trampas. A todos se ofrecía el mismo pan, los mismos bancos, el mismo micrófono, la misma palabra, el mismo silencio contemplativo y el mismo Espíritu. Las piedras de las paredes los cobijaban a todos por igual. En el abrazo de paz había cariño y verdad, no un rito litúrgico estilizado. Había una comunión intensa que llegaba a todos sin forzar a nadie. La alegría expresada en los mismos cantos y los cuerpos moviéndose al ritmo de la misma música se reflejaba en los rostros. No eran

cuerpos sin heridas. Eran personas recorridas por una experiencia de comunión y de futuro mucho más fuerte que todos los golpes paralizantes y desintegradores.

La realidad fuera seguía siendo tan dura como antes. Las bandas de adolescentes armados en la lucha por el control de la droga, la escasez de comida, el olor fermentado de la miseria, seguían esperándolos. Pero la experiencia de Dios llegaba a niveles más hondos y despertaba entusiasmos renovados de compromiso con el reino de Dios en su misma realidad, aunque las estadísticas de la miseria y de la corrupción afirmasen que la situación empeoraba cada día más.

Hay muchas comunidades cristianas que viven el evangelio en culturas y situaciones muy diferentes unas de otras; y hay, por lo tanto, muchas formas distintas de celebración. Lo importante es que estén integradas en la realidad y que se pueda experimentar en ellas la presencia del Resucitado asumiendo las cruces de todos, sin exclusión ninguna, integrando todo dolor y toda comunión en la pascua de Jesús.

Nos damos un tiempo para el silencio orante y el compartir desde nuestras experiencias.

Rezamos...

OFRECIDO AL PADRE Y A NOSOTROS

Ofrecer

sólo se puede
con los dedos abiertos,
en la mano extendida,
con el pan libre
y nuestro,
en camino
hacia el otro,
como un vuelo,
para que pueda ser acogido,
no arrancado
por la fuerza,
ni seducido
por la astucia,
ni adquirido
por el poder
del que paga.
No hay ofertorio
con puños cerrados,
corazón posesivo,
inversión calculada.
No son sólo
los brazos del sacerdote
los que se elevan
con el pan en alto.
Son los brazos de todos,
la comunidad entera
que ofrece
algo ungido
por su trabajo
y por su alegría,
lo más puro de su utopía,
un pan de todos
in marcas,
ni propietarios,
un pan liberado,

un horizonte
suspendido
en lo alto del esfuerzo
convocando
todos los brazos
hacia el futuro.

Acerca tus brazos,
Padre,
y acoge este pan,
este cosmos trabajado,
este pedazo de historia
reconciliada.
Acerca tus brazos
que nosotros no podemos
alzar los nuestros
hasta el cielo,
salta el abismo
y baja hasta nosotros.
Acércate
a nuestros hornos
y mercados,
a nuestros bancos
y congresos,
y verás
la dura tarea
de producir
un pan de todos.
Camina
por nuestras
avenidas y callejones,
residenciales y ranchos,
y sentirás el riesgo
de superar el abismo
para crear una comunidad
donde se pueda
ofrecer un pan
en el que quepa
el corazón de todos.

Benjamín González Buelta,sj

Para finalizar, las/los invitamos a preparar
“nuestras manos” para el Viacrucis que
celebraremos mañana.

Escuchamos y hacemos nuestra la canción
MI CUERPO ES COMIDA
cantada por Jesuitas Acústicos

👉 <https://drive.google.com/file/d/1a4C-mHO-IUMYtPIbkNmx6eBr4kMOV241Q/view>

Mis manos, esas manos y tus manos
hacemos este gesto, compartida
la mesa y el destino, como hermanos.
Las vidas en tu muerte y en tu vida.
Unidos en el pan los muchos granos,
iremos aprendiendo a ser la unida
ciudad de Dios, ciudad de los humanos.
Comiéndote sabremos ser comida.
El vino de sus venas nos provoca.
El pan que ellos no tienen
nos convoca a ser contigo el pan de cada día.
Llamados por la luz de tu memoria,
marchamos hacia el reino haciendo historia,
fraterna y subversiva eucaristía

Pedro Casaldáliga.

«Hagan lo mismo en memoria mía».
Compartamos el pan, compartamos el vino.
Dejemos brotar la dicha común y sustancial, el futuro
escondido en esta memoria, inagotablemente vivo.
Amén.